



*La princesa
de
Buchenwald*



La princesa de Buchenwald; La historia olvidada de Mafalda de Saboya

© 2023 Ana Andreu Baquero

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdesedaeditorial
[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gema Martínez Viura
Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: ©Stephen Mulcahey / Trevillion Images
(mujer); ©Shutterstock/Posztos (fondo)

Primera edición: marzo de 2023

Depósito legal: M. XXXXX-2023
ISBN: 978-84-17626-97-6

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, dirijase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

ANA ANDREU BAQUERO



*La princesa
de
Buchenwald*



Libros de
seda

*La lanza ha derribado su ciudad,
y ella, esclava y anciana,
huérfana de sus hijos,
yace en tierra,
manchando con el polvo
su cabeza desventurada.*

Hécuba,
EURÍPIDES

Prólogo



Weimar, Alemania

1945

Despuntaba el sol cuando un grupo de hombres cruzó la cancela del cementerio y se adentró en el camino que conducía a la zona sur. Dos de ellos acarreaban la placa de mármol que tanto les había costado conseguir, los otros cinco se repartían el resto de enseres: una cadena de hierro, cuatro palos, una cruz de madera y un pequeño jarrón con flores.

Apostolo Fusco, que se había quedado algo rezagado, observó a la comitiva avanzando solemne hacia su objetivo. A diferencia del día en que habían pisado por primera vez aquel lugar, ya no deambulaban a ciegas por entre las tumbas sin saber dónde buscar, abrumados por la ardua empresa a la que habían decidido entregarse. Esta vez sabían con seguridad cuál era su destino, y aquella certeza les insuflaba una vitalidad que hacía tiempo que habían perdido.

En ese momento se preguntó si no sería aquel designio la razón por la que tanto él como sus compañeros seguían con vida. Desde su captura en el arsenal militar de Pula y durante los dos años de reclusión habían visto morir a muchos de sus compatriotas, unos a causa de las extenuantes horas de trabajos forzados, otros víctimas del hambre o la enfermedad y no pocos asesinados a manos de sus captores.

Ellos, sin embargo, tenían lo que tanto habían anhelado: la libertad. Y había llegado de la forma más inesperada, sin enfrentamientos ni derramamiento de sangre. De un día para otro, ante la proximidad de las fuerzas aliadas, los nazis habían salido huyendo, como las cucarachas cuando se levanta una piedra.

Entonces, en uno de aquellos días de confusión que siguieron a la llegada del ejército estadounidense, visitaron Buchenwald. Lo hicieron junto a los miles de civiles alemanes que afluían desde la ciudad obligados por las fuerzas de ocupación. Querían saber si era cierto lo que contaban sobre aquel otro campo, aquel recinto enorme situado sobre la colina de Ettersberg. Y lo era. Todas aquellas atrocidades eran reales: los furgones repletos de cadáveres desnudos, las cenizas amontonadas junto a los hornos crematorios, los experimentos médicos llevados a cabo en la enfermería...

Fue allí cuando lo supieron, de boca de los reclusos italianos que habían sobrevivido a aquel horror. Y cuando decidieron que a partir de entonces tendrían un objetivo: cumplir el juramento que habían hecho el día de su ingreso en la Regia Marina Italiana.

Durante las semanas posteriores, el espanto dio paso al desasosiego. Al igual que cientos de prisioneros más que vagaban sin rumbo por la ciudad, desconocían cómo y cuándo volverían a casa, si es que algo así todavía existía, y cuando preguntaban, la respuesta de las autoridades militares siempre era la misma: «Hay que esperar». Gracias a Dios, ellos tenían una misión que cumplir, un estímulo que les había dado fuerzas para soportar aquella incertidumbre.

Al final del camino arbolado, Ruggieri, que iba unos pasos por delante del resto, se detuvo. Los demás se unieron a él y miraron al frente. Ante ellos se extendía una explanada de tierra baldía que contrastaba con el resto del cementerio. Allí no había capillas, mausoleos o criptas señoriales, ni tan siquiera una lápida. Tan solo una serie de estacas numeradas separadas entre sí por algunos metros.

Con la determinación de quien se acerca al final de un largo viacrucis, los siete hombres se adentraron en uno de los estrechos senderos que había entre las tumbas y se situaron delante de una de ellas, la número 262.

Dar con aquel túmulo, idéntico a todos los que la rodeaban, había sido la parte más difícil, y en más de una ocasión se habían sentido desfallecer. Pero un día, de improviso, habían descubierto un asiento en el registro con aquel apellido alemán. Junto a él, una escueta anotación: «*unbekannte Frau*»; «mujer desconocida».

—Ha llegado el momento —anunció finalmente Magnani.

No hizo falta decir nada más.

Avallone fue el encargado de extraer la estaca. Una vez la tuvo entre sus manos, contempló de nuevo el nombre de pila labrado en la madera que durante tanto tiempo había permanecido oculto bajo la tierra. Aquella inscripción, que alguien había grabado con la esperanza de que un día saliera a la luz, había sido la prueba definitiva, la confirmación de que la búsqueda había terminado. Seguidamente, la sustituyó por la sencilla cruz de madera de haya. Luego, Colaruotolo y Pasciuto apoyaron en ella la lápida. Era la pieza más valiosa, la que más había costado. La habían pagado con parte de la comida que iban robando de aquí y de allá y que les servía para sobrevivir en aquellos días en los que casi nadie tenía con qué alimentarse.

A continuación y, tras delimitar el lugar con los cuatro palos y ensartar en ellos la cadena para que nadie pudiera pisar por descuido aquel pequeño rectángulo de tierra, dispusieron junto a la sepultura el jarrón con flores.

Cuando hubieron terminado, contemplaron el resultado con el corazón encogido por una mezcla de pesadumbre y satisfacción y, una vez más, releieron en silencio la inscripción que Mitrano había tallado con esmero. «A Mafalda de Saboya, los marinos de la ciudad de Gaeta: Corrado Magnani, Antonio Mitrano, Giovanni Colaruotolo, Erasmo Pasciuto, Giosuè Avallone, Apostolo Fusco y Antonio Ruggiero».

Capítulo 1



Castillo de Raconiggi, Italia
Septiembre de 1925

Mafalda aprovechó una pausa de la orquesta para apartarse e intentar quitarse el zapato izquierdo sin que el resto de los asistentes se diese cuenta. No le resultó fácil. La parte inferior del vestido de raso blanco que lucía apenas le cubría los tobillos. Le encantaba el diseño liviano de corte recto que tan bien se ajustaba a su figura y que recordaba los modelos filiformes que causaban furor en París, pero en aquel momento no resultaba nada práctico. Aun así, logró extraer el pie con disimulo y agitar los dedos entumecidos al tiempo que paseaba la mirada por la sala.

El salón de Hércules, ya luminoso de por sí, resplandecía como un espectáculo de fuegos artificiales gracias a los destellos de las copas de cristal de Bohemia y de los brillantes que adornaban las cabezas, los escotes y las muñecas de las señoras. Una legión de camareros pululaban solícitos entre los corrillos ofreciendo un refrigerio a los invitados bajo la mirada de su abuela, la reina Margherita, que lo supervisaba todo con gesto escrutador desde una silla colocada en un lugar estratégico. Unos metros más allá, junto a las columnas de mármol, su madre charlaba con la condesa de Jaccarino, Irene de Grecia, y otras mujeres de la realeza europea.

A cierta distancia, un grupo no muy numeroso de caballeros, unos con uniformes de gala y otros con chaqué, conversaba con gesto serio a los pies de una escultura del héroe mitológico que daba nombre al salón y que, ajeno a la celebración, luchaba a brazo partido contra la Hidra. Entre ellos se encontraban su padre, el rey Vittorio Emanuele, junto al presidente del Senado y a Mussolini, y frente a este último, Philipp.

Mafalda tragó saliva.

Justo en ese preciso instante, mientras introducía de nuevo el pie en el zapato, se le aproximó su tía Militza.

—Tengo que felicitarte por tu elección, querida —dijo agarrándola del brazo y haciendo que casi perdiera el equilibrio—. He tenido ocasión de conversar con tu esposo y es un joven encantador. Estoy convencida de que seréis muy felices.

Mafalda había perdido la cuenta de las veces que había escuchado un comentario como aquel en los cinco días que llevaban de celebraciones, pero no le importó. Al fin y al cabo era la protagonista de los festejos y, aunque no llevaba demasiado bien ser el centro de atención, la felicidad de casarse con Philipp compensaba con creces el dolor de pies y las interminables horas alternando con los invitados.

—Gracias, tía —respondió con una sonrisa mientras sacudía suavemente el pie para ajustarlo al zapato sin que esta lo advirtiera—. Yo también lo creo.

—Como comprenderás, no puedo ocultar que me agrada especialmente el hecho de que seamos compatriotas. Sé muy bien que aquí, en Italia, los alemanes no gozamos de muchas simpatías, pero nadie puede negar que tu marido pertenece a una familia exquisita. Príncipe de Hesse Kassel y sobrino del káiser Guillermo, o lo que es lo mismo, bisnieto de la reina Victoria.

Mafalda se limitó a sonreír de nuevo. No era lo que se dice una persona locuaz, en parte por su extrema timidez, aunque con el tiempo había aprendido que para causar buena impresión en sociedad no era necesario llevar la iniciativa en las conversaciones o soltar frases ingeniosas, sino sobre todo saber escuchar. Y a ella se le daba bien escuchar. Sabía en qué momento ladear la cabeza, cuándo asentir con la

barbilla y dónde insertar un oportuno «desde luego» o un alentador «sin duda».

—Aun así, he de decir que no comparto la negativa de sus padres a asistir a la boda —continuó la tía Militza abanicándose con tanto entusiasmo que Mafalda temió que las perlas de su collar salieran disparadas—. En ocasiones como esta hay que dejar las cuestiones religiosas a un lado. Mírame a mí, tuve que abrazar la fe ortodoxa cuando me casé con tu tío Danilo.

Mafalda prefirió no opinar al respecto. Indudablemente le incomodaba la ausencia de sus suegros, pero había decidido que no iba a permitir que aquello le amargara las celebraciones. Se había casado con el hombre al que amaba y, a excepción de ciertas reticencias iniciales, la mayor parte de su familia veía con buenos ojos el matrimonio. Además, sabía que su abuela, que era madrina de la madre de Philipp, estaba especialmente satisfecha con el enlace. De hecho, aquella boda compensaba en cierta medida la decepción por la de Jolanda. Su hermana mayor, tan guapa, tan extrovertida, pero a la vez tan testaruda, había dado al traste con las aspiraciones de la familia de casarla con el príncipe de Gales prefiriendo a Calvi de Bergolo, un simple oficial de caballería.

En aquel momento, desde la logia doble comenzaron a sonar las notas de la canción de moda, *Scettico Blues*. El hermano de Mafalda, Umberto, único varón de la familia y heredero de la Corona, volvió a sacar a bailar a María José de Bélgica, la joven con la que todo el mundo esperaba que contrajera matrimonio.

—Hacen muy buena pareja, ¿verdad, tía? —comentó Mafalda buscando desviar la atención de su persona.

La tía Militza abrió la boca para responder pero, cuando estaba a punto de hacerlo, lanzó la mirada por encima del hombro de su sobrina. Mafalda percibió el tacto de un brazo que le rodeaba la cintura.

—*Eccolo*. Aquí tienes a tu esposo.

La joven volvió la cabeza y se topó con los ojos azules de Philipp, que, con el otro brazo extendido, le ofrecía una copa de vino espumante.

—He pensado que quizá tuvieras sed —dijo con una sonrisa que a ella le robó el aliento.

Mafalda aceptó la bebida y un leve sofoco le subió por el pecho hasta acabar instalándose en sus mejillas.

—Gracias, querido —respondió en un susurro.

—Disculpe la interrupción, alteza —prosiguió Philipp volviéndose hacia la tía Militza—. ¿Puedo robársela un segundo? Me gustaría enseñarle algo.

Mafalda agradeció que se dirigiera a su tía en inglés, el idioma que usaban entre ellos habitualmente. Aunque estaba intentando iniciarse en la lengua materna de su marido, le estaba costando horrores.

—¡Faltaría más! —respondió esta—. Y por el amor de Dios, nada de alteza. A partir de ahora puedes llamarme tía.

Philipp ofreció su antebrazo a Mafalda y ella lo agarró permitiendo que la condujera hasta la terraza posterior del castillo, donde dejaron atrás el ambiente cargado de una mezcla de humo de habanos y perfume.

Una vez fuera, en el rellano de la escalera de doble vertiente que bajaba hasta los jardines, Philipp la condujo hacia la izquierda de la balaustrada, lejos de un grupo de invitados que reían a carcajadas.

—Menos mal que has venido, necesitaba un respiro —dijo Mafalda apoyando las manos en la barandilla y dejando que la brisa impregnada del olor a narcisos y hierba fresca le acariciara el rostro.

—Lo sé —respondió él con ternura—. ¿Por qué crees que he acudido a rescatarte?

Al oír aquello Mafalda se volvió sonriente hacia Philipp y una vez más experimentó la plenitud que sentía cuando estaba con él. Adoraba la seguridad y la confianza que le transmitía y, sobre todo, el saber que estaría siempre ahí, a su lado. Sin embargo, no eran sus atenciones lo que había hecho que se enamorara perdidamente. Estaba más que acostumbrada a la galantería y desde que había comenzado a frecuentar las fiestas de sociedad había conocido a hombres mucho más obsequiosos. Lo que en realidad había hecho que se decantara por él era lo cómoda que se sentía durante sus interminables conversaciones, en las cuales el arte tenía muy a menudo un protagonismo especial. Philipp era un hombre de una extrema sensibilidad con el que se podía charlar durante horas sobre música, pintura o arquitectura. Jamás había conocido a nadie con unos

gustos tan similares a los suyos. Era imposible no emocionarse al escuchar la pasión con la que le hablaba sobre su trabajo como decorador de interiores de algunos de los palacios más hermosos de Roma. Y luego estaba su increíble atractivo, acentuado aquel día por el uniforme del ejército prusiano.

—Quería contarte que he estado hablando con Mussolini —dijo él de pronto. A Mafalda le cambió el gesto, pese a que intentó disimularlo.

—Lo sé, te he visto —respondió en un tono más brusco de lo que le hubiera gustado—. ¿Y cómo ha ido?

—He de decir que ha estado realmente amable. No me ha parecido que tuviera nada en mi contra.

—Es un hipócrita —sentenció ella, con gesto malhumorado—. Ya te dije que ha sido uno de los que más objeciones han puesto a que nos casáramos.

Mafalda no soportaba a Mussolini. Tres años antes aquel hombre, con su Marcha sobre Roma, había presionado a su padre para que le permitiera hacerse con el gobierno bajo la amenaza de que, si no aceptaba, lo haría por la fuerza. Al final el rey se había visto obligado a transigir por miedo a que estallara una guerra civil. Después de aquel desagradable episodio la situación se había normalizado, pero ella y su familia no podían dejar de verlo como un chantajista y un usurpador. Además, en el trato personal era zafio y petulante, y Mafalda no entendía cómo tanta gente se quedaba prendada de él con solo oírlo hablar. Pero si había algo que jamás podría perdonarle era que hubiera puesto todo tipo de inconvenientes a su matrimonio con Philipp solo por su origen germánico. Mussolini, como la mayoría de los italianos después de la Gran Guerra, odiaba a los alemanes, y no había dudado en oponerse abiertamente a aquel enlace. Por suerte no se había salido con la suya, pero si hubiera dependido de ella nunca habría asistido a la boda. Desgraciadamente, la lista de invitados era una cuestión de Estado, y su presencia era obligada teniendo en cuenta que no solo era el presidente del Consejo, sino también el notario de la Corona.

—Quién sabe. Quizá nuestra conversación le haya hecho cambiar de opinión —continuó Philipp en tono conciliador—. El caso es que

sus ideas políticas no son del todo equivocadas. El liberalismo ha resultado un fracaso... Y no me negarás que la única manera de frenar a los comunistas es la mano dura. Al fin y al cabo la política es una cuestión de equilibrios.

—Si tú lo dices... —dijo Mafalda intentando adoptar un tono más afable mientras le recolocaba con mimo el collar de la Orden del León Dorado, que se le había desplazado hacia la izquierda. No resultaba agradable escuchar a Philipp dándole la razón a Mussolini, aunque solo fuera en parte, pero lo último que se le pasaba por la cabeza era discutir con él sobre política. Desde niña se había acostumbrado a la prohibición de su padre de discutir en familia los asuntos de Estado. El rey se consideraba a sí mismo un alto funcionario que procuraba que su hogar quedara al margen de las tensiones del cargo, y Mafalda le estaba agradecida por ello. Prefería mil veces más al hombre que escuchaba embelesado sus progresos con el arpa y de quien había aprendido los nombres en latín de sus flores favoritas que al soberano adusto y solemne que los demás conocían.

Apenas habían pasado unos minutos cuando apareció su hermana Giovanna.

—Philipp, no quiero ser una aguafiestas, pero mi madre te está buscando —dijo en su habitual tono jovial. Sin embargo, pese a esa voz cantarina, Mafalda percibió un fondo de tristeza en su mirada—. Por lo visto quiere presentarte a no sé qué pariente. Y que conste que yo no tengo nada que ver, soy solo una humilde mensajera.

—Lo siento, querida —se disculpó Philipp a su mujer—. Intentaré que no se alargue demasiado.

—No te preocupes. Yo me quedo aquí un rato más. Giogìo y yo tenemos cosas de que hablar —respondió Mafalda.

Giovanna, a la que todos llamaban cariñosamente Giogìo, era sin lugar a dudas su hermana favorita. Tenía cinco años menos, pero la diferencia de edad se compensaba con la afinidad de caracteres. Había sido su compañera de juegos en la infancia, su confidente cuando habían empezado a interesarse por los hombres y su carabina durante el noviazgo con Philipp. Durante un tiempo la pobre había tenido que acompañarlos día sí y día también a las representaciones de ópera del teatro Costanzi, eso sí, a cambio de algún que otro regalo, en su

mayor parte libros. No obstante, lo que realmente las había convertido en uña y carne había sido su larga convalecencia dos años atrás, cuando ambas contrajeron el tifus, una enfermedad que había puesto en peligro sus vidas.

—Estás deslumbrante, Muti —comentó Giogìo apenas se quedaron a solas. Había utilizado el apelativo cariñoso que usaban solo los miembros más allegados de la familia, y aquello, junto al cumplido, hizo que Mafalda se sonrojara. No obstante, en su fuero interno percibió un conato de vanidad, una sensación nueva para ella y sin lugar a dudas muy agradable. Hasta aquel día nunca se había considerado una persona especialmente agraciada, pero de pronto todo había cambiado. Tal vez se debiera al vestido, o quizás a la fabulosa diadema de espigas que le había regalado la familia de Philipp y que en aquel momento adornaba las ondas al agua que moldeaban su corta melena, pero el caso es que se sentía una persona distinta. Más bella y, desde luego, mucho más feliz.

—Gracias —respondió a su hermana con afecto—, aunque no es de mí de quien quería hablar. Tengo algo que preguntarte y necesito que me digas la verdad... ¿Has estado llorando?

En ocasiones Giovanna podía ser una excelente actriz, pero su hermana la conocía lo suficientemente bien como para percibir los ojos ligeramente enrojecidos que se escondían detrás de aquella pose risueña.

—Un poquito —reconoció Giovanna mirándose la punta de los zapatos como una niña que tiene miedo de recibir una reprimenda.

—¿Por qué? —inquirió Mafalda—. ¿No te alegras por mí?

—¡Por supuesto que sí! —replicó su hermana levantando la vista ligeramente ofendida—. Es solo que no puedo dejar de pensar en lo mucho que te echaré de menos.

—¡Serás tonta! —Mafalda le rodeó los hombros con el brazo y le dio un beso en la sien—. Sabes que solo estaré una temporada corta en Alemania. Después volveremos a Roma y nos instalaremos en Villa Polissena. Estaremos a apenas un paseo en automóvil de Villa Saboya.

—Tienes razón, pero no será lo mismo —respondió Giovanna con la voz tomada por la congoja—. Ahora eres una mujer casada.

—Lo sé —dijo Mafalda adoptando un tono algo más serio—, pero eso no cambiará el cariño que siento por ti. Sabes que siempre me tendrás para lo que necesites, ¿entendido?

—Entendido —dijo Giovanna enjugándose una lágrima que le corría por la mejilla.

Ambas permanecieron en silencio, contemplando los jardines de Racconigi y las aguas resplandecientes del lago salpicadas de luminarias instaladas para la ocasión. Entonces Mafalda sintió una punzada de desasosiego al pensar en cómo sería su vida al otro lado de los muros del palacio y, movida por un impulso, se abrazó con fuerza a su hermana y volvió a besarla.



Desde la ventanilla del vagón real que abandonaba el apeadero del castillo de Raconiggi, Mafalda observó con el corazón encogido a los miembros de su familia despidiéndose de ella desde el andén. Allí estaban sus hermanos: Umberto, la pequeña María, Giovanna, hecha un mar de lágrimas, y Jolanda, acompañada de su marido. Junto a ellos, con gesto serio, probablemente intentando contener la emoción, su madre y su padre. Al verlos allí de pie, Mafalda fue consciente una vez más de por qué la gente los tenía por una pareja pintoresca: desde la distancia, la diferencia de estatura resultaba más que llamativa, por no hablar del contraste en cuanto a compleción física. Mientras que su madre era una mujer de una fuerte presencia física, su padre era menudo y enjuto hasta el extremo. Debido a los problemas de raquitismo sufridos en la infancia, apenas alcanzaba el metro y medio, de manera que su madre, con sombrero incluido, le sacaba más de una cabeza. Esta diferencia de altura era motivo de burlas y chascarrillos entre alguna gente, pero lo que los demás no veían resultaba más que evidente para sus hijos y para todos aquellos que los conocían en la intimidad, y es que el rey y la reina de Italia estaban hechos el uno para el otro.

Desde niños Mafalda y sus hermanos se habían acostumbrado de tal modo a las continuas muestras de afinidad y entendimiento entre sus padres que habían llegado a creer, ingenuamente, que eran algo

común a todas las parejas. A menudo habían presenciado cómo su padre, un hombre por lo general frío y algo severo, entregaba a su madre un ramo de flores al regreso de su paseo matutino por los jardines de Villa Saboya y cómo esta, cuando percibía que las tensiones del cargo comenzaban a hacer mella en su marido, lograba disipar sus nervios con una simple caricia en la rodilla.

Con el tiempo y la madurez, Mafalda comprendió que aquel vínculo que existía entre su padre y su madre, y que hacía que en su hogar reinase la armonía, no era fruto del azar sino de la voluntad, y aunque debía reconocer que ambos ponían de su parte, pronto llegó a la conclusión de que la verdadera artífice del buen funcionamiento del matrimonio era, sin duda alguna, su madre.

Mafalda admiraba su fortaleza. Conocía bien las dificultades que había tenido que afrontar a su llegada a Italia para casarse con el rey; además de las inevitables barreras idiomáticas y las diferencias culturales, la joven princesa de Montenegro había tenido que soportar el rechazo de algunos círculos aristocráticos que la habían apodado «la pastora» por su origen y sus modales sencillos, e incluso de su propia suegra, que no llevaba bien lo poco aficionada que era a las fiestas y a los recibimientos. Pero Elena no se había dejado intimidar, más bien al contrario, en lugar de plegarse a las exigencias de la corte se había concentrado exclusivamente en cumplir las expectativas que había puesto en ella su esposo.

Más tarde, con la llegada de los niños, la joven se había volcado en la vida familiar. En vez de asistir a fiestas y *soirées*, salía a corretear con sus hijos por los jardines, se colaba en las cocinas para enseñarles a preparar postres caseros o planeaba excursiones por el campo. De hecho, era una gran aficionada a la pesca y toda una experta en plantas aromáticas.

No obstante, la reina no se había limitado a cuidar de su marido y sus hijos, sino que había hecho extensivo su instinto maternal al pueblo italiano. Tras el terrible terremoto de Messina, había sido una de las primeras en acudir en socorro de las víctimas y durante la Gran Guerra había transformado el Quirinale y Villa Margherita en hospitales de campaña. A diferencia de muchas mujeres de la aristocracia, que consideraban la caridad un entretenimiento más, ella se

entregaba en cuerpo y alma al cuidado de los más desfavorecidos. Sentía pasión por la enfermería y por la medicina natural y, junto a ella, Mafalda y sus hermanas habían visitado hospicios y sanatorios donde habían visto cómo su madre cambiaba ella misma las vendas de los heridos o se dedicaba a poner inyecciones sin pestañear.

Mafalda se preguntó si, ahora que ella también era una mujer casada, sabría estar a la altura como esposa, y decidió que pasara lo que pasase, se entregaría en cuerpo y alma a seguir el ejemplo de su madre. Entonces recordó lo que esta le había dicho la noche antes de la ceremonia: «El único secreto para que un matrimonio funcione es que los dos miembros remen siempre en la misma dirección». Conmovida, sintió cómo la emoción se le acumulaba en la garganta y, en contra de su voluntad, las lágrimas empezaron a manar de sus ojos emborronando las siluetas de sus familiares.

Philipp, que se encontraba a su lado, la rodeó con los brazos y, con delicadeza, le besó suavemente los párpados haciendo suya esa tristeza.